

Mansour quiere vivir en paz

→ MATTHIAS HUFMANN

Nacido en Alemania, 44 años.
Periodista independiente.
Escribe para el semanario *Die Zeit*, diarios como *Tagespiegel* y la publicación en línea *dieschweriner.de*.

El joven refugiado sirio llegó a Alemania en bote, a pie y en ómnibus. Al igual que cientos de miles de personas este año.

¿Schwerin? Mansour jamás había oído este nombre. Quería conocer el lugar. Entonces emprendió el camino, atravesó el bosque siguiendo la ruta, hasta que aparecieron las primeras casas, y continuó hasta el palacio, edificio emblemático de esta ciudad de noventa mil habitantes. Diez kilómetros de ida, diez de vuelta; se trata de distancias cortas para Mansour.

Hace tres meses este joven de 25 años está alojado en el cuartel Blücher

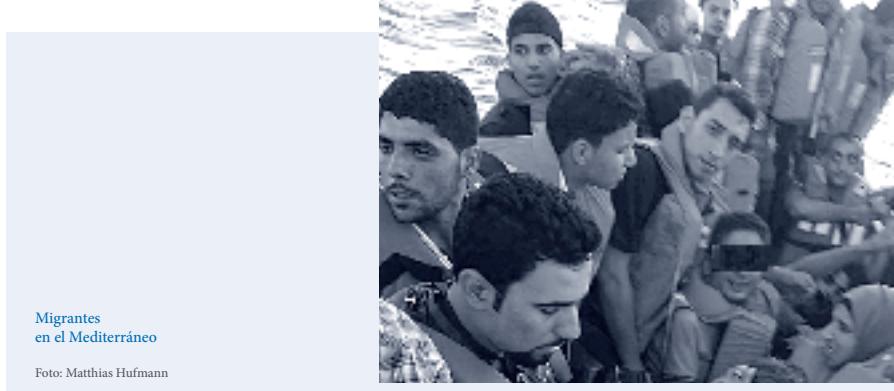
en las afueras de Schwerin, junto a cientos más. Abandonaron Afganistán, Iraq o —como en el caso de Mansour— Siria para buscar refugio en Alemania, y terminaron en el norte del país.

Mansour planificó su escape durante mucho tiempo. Le llevó veinte días. De Damasco al Líbano y luego a Turquía, y de ahí por el Mediterráneo a Grecia en un bote de 9 x 2 metros. A bordo había 16 personas, entre ellas mujeres y niños; más no cabían. Cada pasajero debía pagar mil dólares al traficante. Luego de tres horas habían llegado a su destino, a diferencia de quienes viajaron en el segundo bote. Según Mansour, este zozobró en alta mar: «Probablemente se ahogaron todos».

En Grecia estuvo cuatro noches en la calle, antes de pasar la frontera con Macedonia. Fueron 16 horas a pie; «después de esto el camino hasta el palacio de Schwerin ya no me asusta», dice. Tomó un ómnibus a Belgrado, pero lo retuvo la policía. Después de un tiempo obtuvo el permiso de seguir el viaje a Hungría y finalmente a Austria y Alemania.

Incontables personas eligieron esta ruta a lo largo de las últimas semanas. El destino de los refugiados es Europa; según cálculos del Gobierno federal, por lo menos 800.000 personas solicitarán asilo político en Alemania antes de que termine el año, casi el doble de las estimaciones anteriores de 450.000, que ya habrían marcado un nuevo récord.

¿Cómo se debe hacer frente a esta situación totalmente desconocida? El debate en torno a los refugiados ocupa el primer lugar en todos los informativos y la mayoría de los programas de entrevistas; hace semanas está omnipresente en las discusiones de los bares y cafés. La canciller federal Angela Merkel (CDU) dejó pasar mucho tiempo antes de encargarse personalmente del tema. Reclamó más tolerancia, irradió optimismo («¡Estaremos a la altura de las circunstancias!»), y estableció: «El derecho fundamental al asilo no reconoce límites superiores»; esto valdría también para los refugiados «que llegan a nuestro país escapando al infierno de la guerra civil».



Escapando al infierno, al igual que Mansour. Diez amigos suyos ya han muerto. Y daba la impresión que él también moriría; eso pensaron en aquel hospital de Damasco, donde trabajaba como enfermero. Un día la clínica recibió varios muertos y heridos; fueron víctimas de un ataque con gas del régimen de Assad, explica Mansour. Quería ayudar, pero lo atacaron unos francotiradores. Usaron balas dum-dum, seis de ellas impactaron en él: en la pierna y el hombro, un proyectil le atravesó la nuca. «Los médicos me dieron por muerto». Durante tres horas estuvo en coma, su respiración era casi imperceptible. Lentamente, se despertó. Durante seis meses, Mansour fue incapaz de moverse, no podía abandonar la cama. Tuvo que aprender nuevamente a caminar, paso a paso, y siempre con miedo al régimen sirio. En ese tiempo maduró su plan: él se iría primero, más tarde le seguiría su familia.

Mansour es uno de los más de diez mil solicitantes de asilo que fueron registrados este año en el estado federado de Mecklemburgo-Pomerania Occidental (MV, por su sigla en alemán). La cifra equivale a 2,04 % de todos los refugiados en Alemania, en estricto cumplimiento de una cuota que toma en cuenta la población y los ingresos fiscales de los estados, la llamada fórmula de Königstein. Diez mil personas: un desafío enorme para MV. Hay noches en que cien personas o más llegan a las puertas de los centros de acogida primaria y piden asilo. Las plazas se agotan rápidamente. El Gobierno estatal alquiló el predio del antiguo cuartel de Schwerin a un hom-

bre de negocios y está en contacto con las fuerzas armadas para usar algunos edificios en desuso. El espacio simplemente no es suficiente, las autoridades municipales y locales están buscando más soluciones en escuelas antiguas, salas de deporte, lo que sea: lo que importa es el techo donde quedarse. En Rostock se acondiciona un galpón del predio ferial como alojamiento provisorio para los refugiados que quieren seguir a Suecia en transbordador.

Todo parece un poco caótico (sí, estamos hablando de Alemania), sobre todo a partir del momento en que Angela Merkel decidió, a principios de setiembre, que se autorizara el ingreso de miles de refugiados imposibilitados de abandonar Hungría. Fue una decisión humanitaria, pero también una decisión que pasó por alto el llamado procedimiento de Dublín, según el cual la solicitud de asilo debe ser presentada en aquel país miembro de la UE en el que el solicitante ingresa por primera vez a territorio europeo. La decisión molestó al partido hermano de la CDU. El primer ministro de Baviera, Horst Seehofer (CSU), declaró que se trataba de un error, «que nos va a ocupar por mucho tiempo». En opinión de la CSU, muy pronto se estaría llegando a una situación de emergencia fuera de control. «No veo cómo vamos a poner fin al desborde».

En cambio, Merkel recibió el respaldo de la secretaria general del SPD, Yasmín Fahimi: «Teníamos que enviar una señal humanitaria fuerte para dejar en claro que los valores europeos siguen vigentes aun en tiempos difíciles». Había solamente una crítica desde

las filas del socio de gobierno: «[Merkel] ha tomado los estados federados por sorpresa», dijo la primera ministra de Renania-Palatinado, Malu Dreyer (SPD). Esto no se debería repetir.

¿Y los alemanes? Según una encuesta del «Barómetro político» (*Politbarometer*) de la cadena de televisión ZDF, el 66 % apoya la decisión de la canciller, contra 29 % que la consideran equivocada. La gran mayoría (85 %) está consciente de que el permiso de entrada puede llevar a que más refugiados lleguen a Alemania.

Los alemanes quieren ayudar, están muy dispuestos a ayudar. Los diarios hablan de un cuento de hadas de verano. Miles de voluntarios se preocupan por los refugiados en las estaciones de tren, les dan agua y comida, les regalan juguetes a los niños, y saludan a la gente con una sonrisa. «Welcome», dicen las pancartas. El semanario *Zeit* habla de una amplia coalición de la empatía.

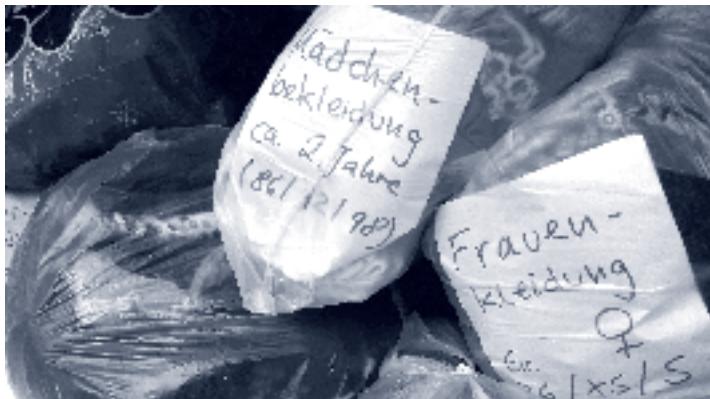
Mansour cuenta un ejemplo de Schwerin. No tiene mucho lugar en el antiguo cuartel, ya que comparte la habitación con nueve personas. Y para comer, a veces debe esperar en la fila hasta por dos horas. Pero después dice: «Der Boss ist gut» («el jefe es bueno»); lo dice en alemán, a pesar de contestar todas las preguntas en inglés.

El jefe se llama Heiko Stroth, tiene 57 años, y trabaja por el cuerpo de socorro de la orden de Malta. Se ocupa de todo y es conserje, administrador y ombudsman a la vez. Inventó el horario de atención de 12 horas. Quien necesita algo, habla con él. Acaba de lanzar un pedido de ropa, porque «la gente que llega ahora abandonó Siria, Iraq o los

Balcanes en verano. A veces se fueron en sandalias y con una chaqueta fina». Acaba de alquilar un depósito de ropa adicional. «¿Qué quiere que haga?», reflexiona sobre los nuevos desafíos y pone manos a la obra. Cuenta que un día, cuando se anunció la llegada de 150 refugiados «fuera de lo previsto», llamó a varios colaboradores, les pidió que limpiaran una sala de deportes, y juntos colocaron 150 camillas por el fin de semana. Cuando llegaron los ómnibus, había un niño entre quienes descendieron. Vio las caras desconocidas en esta nueva etapa de la huida y se puso a llorar. «Entonces no pude más —dice Stroth—; yo también tengo tres nietos».

Todos ayudan en Schwerin. El club de fotografía enseñó a algunos niños sirios cómo sacar fotos. Hay conciertos y recitales de beneficencia. Estudiantes trabajan como voluntarios en la misión de la estación de ferrocarril. Y en Facebook se creó un grupo específico, «Ayuda a los refugiados, Schwerin». Una anotación dice: «Se requiere ayuda urgente. La madre de un niño de primer año empieza el curso de integración y no tiene con quién dejar el niño». En los restaurantes y bares se encuentran pedidos de donaciones, los negocios juntan ropa, se organizan transportes.

«Cuando llegaron los ómnibus, había un niño entre quienes descendieron. Vio las caras desconocidas en esta nueva etapa de la huida y se puso a llorar»



Solidaridad con
inmigrantes.
Campaña de donación
de ropa en Alemania

Foto: Matthias Hufmann

Quienes ayudan son personas como Michael Milz. Este hombre de 36 años acaba de construir una estantería a partir de *palets*, luego de que se enterara que la logística de un centro de acogida no estaba en condiciones de continuar recibiendo entre 30 y 40 donaciones de ropa por día. Los sacos, bolsos y bolsas se apilaron en el galpón. Había quejas, y se llegó a una solución rápida. Se reunieron diez voluntarios, entre ellos carpinteros de oficio como Milz; empezaron el viernes y el domingo quedaron prontas las estanterías con un total de 100 estantes, 12 placares, 200 cajas y dos mesas para la clasificación. «Ahora funciona el centro», informó «Ayuda a los refugiados, Schwerin». «Y todo gracias a los voluntarios. ¡Es fantástico!». El lunes siguiente, Michael Milz había vuelto al trabajo. Es diseñador web, y ya tiene la próxima tarea. Un compañero suyo quiere desarrollar una aplicación que ayude a los refugiados a ubicarse en su nuevo lugar de residencia, proporcionándoles por ejemplo informaciones

sobre oficinas públicas. Una vez más, Milz no va a faltar.

El compromiso de los voluntarios pone de manifiesto que existe una «Alemania iluminada», dijo el presidente Joachim Gauck, durante la visita a un centro de acogida para refugiados en Berlín. «Esta contrasta con la otra Alemania, la del oscurantismo, de la que nos percatamos cuando oímos de los ataques a centros de acogida o, peor aún, de agresiones xenófobas contra personas».

Ataques como en Heidenau, una ciudad próxima a Dresde. En verano cientos de xenófobos se habían manifestado contra el alojamiento de refugiados en un antiguo supermercado de bricolaje. Bloquearon la calle de acceso y gritaron consignas que incitaban al odio. Lanzaron petardos y la policía respondió con gases lacrimógenos. El ómnibus que transportaba a los solicitantes de asilo debió ser desviado. Recién a los tres días las fuerzas de seguridad habían recuperado el control.

Las imágenes recorrieron el mundo. Pero la Alemania oscurantista aparece también en menor escala, también en Mecklemburgo-Pomerania Occidental, el estado federado al norte del país. Hace poco, unos trescientos manifestantes marcharon por la ciudad de Wismar bajo el lema «Juntos por nuestra tierra». Según informó la policía, se identificó a muchas personas «que pertenecen al espectro del extremismo ultraderechista». Gritaron: «¡No a los alojamientos para solicitantes de asilo!». Después de la manifestación se tiró una botella contra un grupo de refugiados. Los agresores fueron ultraderechistas.

Durante el año en curso, la policía de Mecklemburgo-Pomerania Occidental ya registró 18 ataques a centros de alojamiento para refugiados. Durante el último, se lanzaron artículos pirotécnicos contra un edificio en la localidad de Torgelow.

¿Y qué está pasando en Schwerin? Cerca de cien xenófobos quieren protestar todas las noches contra un nuevo lugar de acogida en el edificio de una antigua escuela. Durante la primera manifestación la alcaldesa Angelika Gramkow (del partido Die Linke) habló con algunos de ellos. El resultado: no se tardó ni cinco minutos hasta que salió el bingo del peor disparate, al estilo de: «El bote está lleno», «vienen con enfermedades», «abusadores del derecho a asilo»; de que esta gente llega caminando a la ciudad, y vuelve en bicicleta; de que esto se sabe; y en general: la seguridad, los niños, las mujeres. «Las violaciones, viejo», dice uno de ellos.

»**Políticos, científicos e iglesias alertan contra la xenofobia y el racismo que resultan de las manifestaciones »**

Los organizadores forman parte del entorno de Pegida, una alianza de enemigos del islam. Sobre todo a comienzos del año, estos Europeos Patrióticos contra la Islamización de Occidente llamaron la atención cuando marcharon por Dresde. Por primera vez en meses, el número de simpatizantes ha vuelto a crecer. Un lunes de setiembre se contaron cinco mil en la capital del estado de Sajonia. Políticos, científicos e iglesias alertan contra la xenofobia y el racismo que resultan de las manifestaciones.

Hasta ahora, Mansour no sabe mucho de las protestas. Casi siempre está en el antiguo cuartel en las afueras de Schwerin y trabaja por 1,05 euros la hora, cuando se lo piden.

Pero sobre todo intenta contactar a su esposa. Hace algunas semanas, ella y su hija de un año abandonaron Damasco, ya han pasado por el tramo tan peligroso del Mediterráneo, pero ahora no pueden salir de Budapest. Su celular está sin batería. «No estoy en contacto con ella», dice Mansour, cuyo nombre completo no debe aparecer en esta nota, porque teme por la seguridad de sus familiares en Siria.

Mansour está ansioso por reencontrarse con su mujer y su hija. Pero no se puede saber qué posibilidades tiene. A mediados de este mes Hungría introdujo nuevas disposiciones inmi-

gratorias. Quien cruce la frontera serbio-húngara, podrá ser condenado a tres años de prisión. De hecho, la frontera con el vecino del sur está cerrada. Los refugiados procedentes de Serbia que no hayan solicitado asilo político en aquel país serán expulsados a Serbia. ¿Qué significa esto para la familia de Mansour? ¿Tendrá que regresar? ¿Será posible que las dos formen parte de los miles de personas que fueron trasladadas a Austria en tren? Incluso si fuera así, no tendrían certeza alguna de poder seguir su viaje a Alemania.

Porque en Berlín están intentando de poner fin al desborde, para volver a la imagen de Horst Seehofer. Las medidas adoptadas son drásticas; la policía federal se ha hecho cargo de los controles en la frontera con Austria, y durante un tiempo se suspendió el tránsito ferroviario con el vecino del sur. «Alemania dejó de ser tan simpática», comentó la publicación *Spiegel online*.

Según el ministro del Interior, Thomas de Maizière (CDU), estas medidas deben ser entendidas como una clara señal a los refugiados, pero también a Europa. Alemania necesita la solidaridad europea para poder manejar la crisis de los refugiados. Los controles fronterizos temporarios ciertamente no solucionan el problema, pero «contribuyen al descenso del número de refugiados y al restablecimiento de cierto orden en las fronteras». Los estados federados y los gobiernos locales necesitan esta pausa, explicó el primer ministro de Hesse, Volker Bouffier (CDU). En su opinión los controles responden a una «decisión absolutamente necesaria y correcta».

En opinión de la organización de defensa de los derechos humanos Pro Asyl, se trata de la decisión equivocada. «La reintroducción de los controles en la frontera significa que los afectados deben optar por caminos más largos y peligrosos durante su huida, y que deben recurrir a traficantes que se benefician tanto del sufrimiento de los afectados como del cierre de las fronteras». Agrega que los refugiados requieren protección: «No constituyen un peligro para la seguridad y el orden público». Los controles no tendrían fundamento legal.

Sin duda, marcan un punto de inflexión en la política alemana hacia los refugiados. Aun así, Angela Merkel sigue afirmando: «Estaremos a la altura de las circunstancias. Nadie ha dicho que lo lograríamos de la noche a la mañana».

El vicecanciller Sigmar Gabriel acaba de dirigir una carta a los afiliados del SPD. En esta, el jefe del partido parte de un número de refugiados muy superior que tendrán que ser acogidos, y calcula este número en un millón.

Mansour es uno de ellos. Desea por sobre todo en el mundo que dos refugiadas lleguen pronto: su mujer y su hija. Quiere vivir con ellas en paz.



Refugiados sirios acampando en la Plaza Independencia en Montevideo

Foto: Christian Toews